

RAQUETAS EN ANDORRA (LA VELLA)

Desde hace algún tiempo los esquiadores del grupo REICAZ vienen organizando una jornada intensa e intensiva de esquí en el Principado de Andorra para la festividad de San Valero.

El año pasado algunos socios decidimos apuntarnos al viaje a Andorra. No a esquiar, sino a hacer raquetas, por primera vez, por aquellas cumbres. Sin embargo la cosa se quedó en tentativa para muchos, realidad para pocos, por las malas previsiones meteorológicas.

Este año Sagrario había quedado encargada de organizar la actividad, buscar estación, alojamiento, etc. No sin alguna vacilación al final nos apuntamos a raquetas María Emilia, Domingo, Ramón, Pilar y yo.

Ramón y Pilar marcharon tranquilamente por su cuenta. Temprano, sobre las 8.15 de la mañana, me recogía el Earth Force One presidencial en la puerta de casa. Acomodado el roscón, el equipaje, los bártulos y yo, cargados hasta los topes, iniciamos felices y animosos el largo camino hasta el lejano Principado.

Nada reseñable hasta que llegamos a la localidad leridana de Pons, donde paramos a tomar un refrigerio. El lugar elegido prometía, con su estética ochentera y su amplia fachada, una barra atestada de viandas, tortillas diversas, bocatinés, chorizos, butifarras, bacalao con tomate, salchichas con pimientos, etc. Aparentaba animado con la machacona musiquilla de las máquinas tragaperras y el bullicio gritón de algún programa televisivo matinal que se eleva por encima de todo lo demás. Nada de eso. Nos sobrecogió la sorda quietud del casi vacío local, donde sólo se oía, incongruentemente, un programa musical muy moderno de video clips de canal plus. El bar lo atendía desganada y aburridamente una moza cuyas ceñidas, juveniles, curvilíneas y escotadas carnes amarraban a cuatro o cinco parroquianos que hacían como que leían *EL PERIÒDIC DE CATALUNYA* mientras seguían, aparentando desinterés, pero sin quitar ojo, sus evoluciones tras la barra. Que tampoco era muy exigente, habida cuenta que lo único disponible para emparentar con el café eran unos donuts envasados y un par de croissants de aspecto externo nada esponjoso que Domingo aseguró, no muy convencido y por lo bajini, que eran del día, dando cuenta de uno. Así debía ser, puesto que no le sentó mal.

Aprovechamos la entrada de una despistada y desinformada pareja de aspecto inequívocamente montañero que tampoco pegaba nada allí para abandonar, algo espantados, el local.

Proseguimos plácidamente viaje hasta que los rutilantes centros comerciales nos anunciaron la llegada al Principado, no sin antes atravesar, expectantes, aduana y frontera, indolentemente atendidas.

Nos internamos en el atasco permanente andorranovellano y siguiendo las instrucciones del navegador llegamos al punto de partida de la excursión prevista para ese día, que era llegar hasta el refugio de Sorteny. Tomamos la Vall de Llors hasta El Serrat, y luego hasta el aparcamiento a 1.838 metros. De ahí fuimos hasta el Refugio de Sorteny. Decidimos prolongar la marcha y seguimos hasta el Pas de la Serrera, a 2.300 metros. Mucha nieve, pero alguna placa de hielo debajo, por lo que decidimos dar la vuelta y descender lo ascendido. Aún así estuvimos unas cuatro horas, que para el primer día no está mal.

Recogido el material nos dirigimos al Hotel Llop Gris, en El Tarter, lugar de concentración de la expedición, donde nos reunimos con el resto del grupo. Nuestro incansable e inquieto presidente, como no había tenido bastante con las cuatro horas de conducción y otras tantas de excursión, se vistió de corto (literal) y se metió, corriendo de noche sobre nieve, 5 kilómetros y 400 de desnivel subiendo por las desiertas pistas de esquí hasta el “Pí de Migdia”, imagino que para supervisar los trabajos de las máquinas pisa nieve.

Cenamos todos juntos muy animadamente y luego hubo música al piano en vivo y roscón acompañado de un buen cava. También exhibición de billar con sujeción al reglamento internacional, según dijeron, que son muy legales.

Al día siguiente los del grupo raquetas, incluidos ya Pilar y Ramón, teníamos programado el Estany de Siscaró. Para ello fuimos por la Vall de Incles, a 1.800 metros y llegamos a Estany de Siscaró, a 2.370. De ahí, en circular, descendimos al refugio de Siscaró y vuelta. La excursión resultó realmente bonita, entretenida, con su punto justo de exigencia y enmarcada en un paisaje singularmente bello. Acompañó el día, sin viento, despejado, azul y soleado. Y el grupo, fuerte, animoso y compacto. Tuvimos, todo hay que decirlo, nuestro momento errático y confundimos a la ida un poco el camino, pero poco. Eso sí, como ya es regla general (no he vivido ninguna excepción) el error fue hacia arriba, no hacia abajo. Tengo ya confirmado que cuando nos equivocamos, siempre subimos por la “línea de máxima pendiente”, nunca bajamos. Pero, también tengo confirmado, la equivocación fue, a la postre, un acierto y una suerte, ya que nos permitió encaminar nuestros pasos hasta una cota más elevada y gozar de las maravillosas vistas que la montaña nos ofreció.

De nuevo amigable y relajada cena del grupo, que culminó (aunque era el día siguiente) en la celebración del cumpleaños de nuestra querida tesorera y amiga Conchi, que nos invitó a cava. Había más roscón, que no se acababa.

El domingo 31 fue más complicado. El tiempo había empeorado considerablemente y amenazaba frustrar los planes. No obstante decidimos afrontar la etapa prevista, pero con cambio de protagonistas. Ramón y Pilar regresaron pronto a Zaragoza y se nos unió Sagrario. El objetivo era alcanzar Tossa D'Entor. Allí que nos fuimos, aun un tanto preocupados por la meteorología. Subimos por el Camí de la Basera a 1.900 y llegamos a la Collada del Clot Sord a 2.400. El día era hosco, negruzco y gruñón, con aguanieve camino de la cima. No obstante ¿alguien lo duda? conseguimos el objetivo propuesto y rápidamente bajamos hacia el coche. Una pena las vistas, que prometían.

Secos y acomodados entre, por y sobre el equipaje emprendimos viaje de regreso. Al llegar a Andorra la Vella city nos introdujimos nuevamente en el atasco y en unos cuarenta minutos alcanzamos la frontera. Nadie nos preguntó si teníamos algo que declarar. ¡Con la ilusión que nos hacía que nos preguntaran si teníamos algo que declarar y contestar que no! Ni caso.

Sin declarar nada ni tener nada que declarar entramos en España a los sonos del recio Labordeta y sus eternas e inolvidables canciones, llegando a casa sin novedad, cansados pero felices.

Un fin de semana estupendo. Cada cual a lo suyo y todos con todos. Buenos días de convivencia entre gentes amantes de la montaña, la nieve y sus posibilidades.

Saludos para todos

José M^a Rodríguez, febrero 2016